

DE AYER Y DE HOY

A vosotros, poetas de todas las escuelas;
pero exactamente eso: *Poetas*.

IBAN juntos, mariposeando por el atardecer, en charla sobre el rubio y espigado campo del arte poética.

El «clásico», chalina y sombrero de anchas alas, pipa de raíz de brezo sin humo, saltarina entre unos dientes indisciplinados y unos labios volubles, americana raquílica de pana negra, maduro de edad y enormemente soñador.

El «progresista», joven, cuadrado de espaldas, melena desmeledada, gruesas gafas de concha, camisa abierta, práctico e innovador.

La discusión era la misma de siempre: Aquél, defendía el resplandor de la rima, la noble cadencia y su dulzura, el sometimiento ritual a la sagrada Preceptiva; éste, la gracia de la forma libre, el calofrío vibrante de la metáfora, la paradoja imprevista, la amplitud incontentible y cósmica de la inspiración emocional.

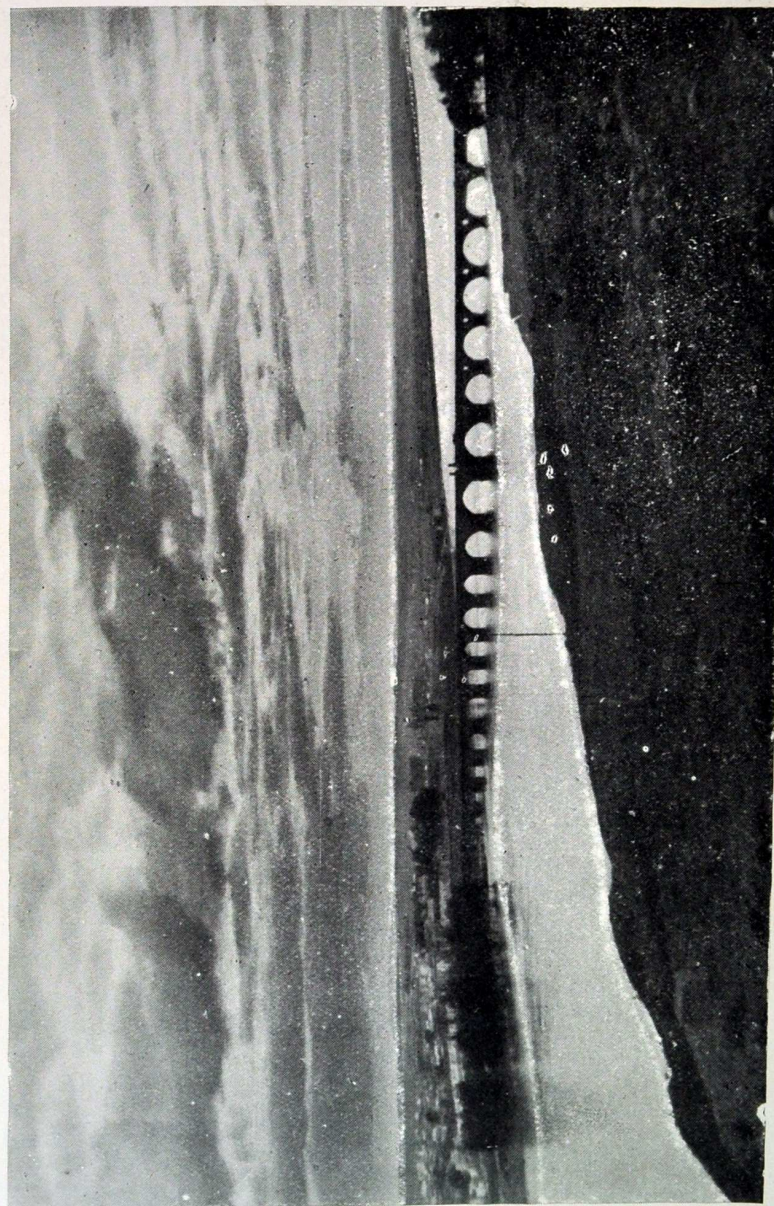
Se oyeron palabras redondas y duras como discos de bronce disparados a deidades, sátiras que apuñalaban, frases despectivas, argumentos hercúleos, razones de maza...

Entretanto, en el horizonte de borroso añil, el hijo de Latona se hundía sangrando tonalidades, con su eterno amor de fuego hacia la rústica aldeanita Dáfne.

El espectáculo, maravilloso, dejó a estos dos poetas, salidos de la mordedura irónica de Moratín, suspensos, libres de su lastre terrenal. Allá, en los banales, un mirlo trinaba su trova de amor goteando perlas; y ellos, nimbados por el crepúsculo, que expiraba tejiendo sombras de un cromatismo undívago, también comenzaron a cantar.

El suspiro musical del viejo era así:

«Contempla la armonía que adormece
el vibrante sentido de lo bello
cuando el Sol, en su último destello,
la antigua pesadilla empequeñece.
Aviva tu retina si deseas
plasmear la nueva imagen del Ocaso
y rompe tu convenio con Picaso
y ven con el creador del fiel Eneas.
Adora, sin desdén, la vieja muerte
del astro que lució durante el día;
y así disfrutarás la extraña suerte
de verle renacer con alegría,
no quedándote mudo, ciego, inerte,
sino uniendo a su luz tu melodía.»



ALBUM EXTREMEÑO: Atardecer en Badajoz.—El Puente de Palmas

Y el joven, ausente en su propia emoción, imprecó:

*Febo acompasado:
—Cristal hirviente—
¡Cobarde,
que tu fracaso
tiñes de anaranjados y de añiles!
¡Párate!
—¡Vuelve al Saliente!—
Tu Reinado
—golondrinas y cigüeñas—
no acabará.
¡Aún perdura!
¡No seas noche oscura!

Sorprendidos por el doble susurro estético, se miraron en muda y mutua aprobación irrazonada y, en el silencio sonoro de quebradizas luminosidades, siguieron su ya paralelo pensar.

Instantes después, una alegre carcajada fundió el apretón de manos con que borraban su error secular de estimar diversa la unidad de la inspiración, indeclinable llamamiento de la divinidad.

MIGUEL BORRACHERO